

LA PERSONALIDAD CIENTÍFICA DE JOSÉ MARÍA ALBAREDA

LA personalidad científica y la personalidad humana no eran algo separado ni separable en la vida de José M.^a Albareda. Estaban por el contrario estrechamente enlazadas y poseían a la vez la doble cualidad de causa y efecto. Por eso resulta imposible hablar de su personalidad científica sin que surjan claros y definidores los rasgos de la humana.

Como tampoco es posible referirse a su aspecto humano sin encontrar la estructura del científico.

La vida entera de José M.^a Albareda estaba dotada de una sorprendente unidad. La búsqueda de la verdad y de la ciencia, en sus tres dimensiones, constituían el eje de su ser y la meta de su inagotable actividad. Plena y perfecta identificación entre el científico y el hombre. Ciencia para tallar al hombre y hombre para tallar la ciencia.

Pensamiento en constante actividad, potenciando minutos y segundos sin descanso. Elevándose en círculos a insospechadas alturas, hasta elaborar impecable la solución acertada.

Voluntad de diamante, pero fina y delicada, convenciendo sin vencer, triunfando sin palmas.

Corazón grande, sin filtros, amante de todo y de todos, sin células para segregar rencores, en el que las cosas grandes y pequeñas se equilibraban.

José María Albareda veía en su mundo científico el reflejo de la Ciencia Superior. El maravilloso orden atómico del reino cristalino, su variada simetría y belleza, su dinamismo y vibración encerraban un claro mensaje: Unidad y pluralidad en las formas de actuación de la naturaleza, exponente de una creación sin reservas y generosa. La anisotropía cristalina plasmando esa variedad con exigencia tensorial.

El suelo, en un estatismo aparente, encerrando una sorprendente evolución que se proyectaba hasta la vida, impul-

sándola y recogiendo el final de su ciclo para dar paso a nuevos mecanismos vitalizadores, y el hombre modificando esa actuación a favor de una mayor densidad de vida. El hombre, modificando la vida en pro de una mayor densidad de almas.

José María Albareda veía en el agua el regalo de una excepción a las leyes de asociación molecular, en la anómala densidad del hielo una pensada forma de protección sobre los seres, habitantes de lagos y mares. En la fluorescencia una sencilla traducción de lo invisible. En el cuarzo piezoeléctrico el latido del corazón de la piedra. En la epitaxia un ahorro de entropía contrario a la anarquía y caducidad. En el color de los minerales, en su forma y brillo, la sonrisa agradecida de lo creado.

La asimetría como exponente de actividad, creciendo desde la galena hasta el hombre. Los minerales radioactivos como portadores de un breve mensaje de vida y de muerte.

Todo en José María tenía una tercera dimensión, una línea vertical, a modo de vector, señalando la Primera Causa. Pero esa línea arrancaba y tenía su origen en la esencia y estructura de seres y cosas. Por eso él amaba el mundo y su contenido, trabajando sin tregua ni descanso en su más perfecto conocimiento.

Su mentalidad era científica, pero sin cuadrículas, y poseía sobre todo la riqueza de la relación. Relación de conceptos, de fenómenos, de amigos y personas.

Gustaba de subir a las altas cumbres, allá donde la tierra se convierte en frontera, y conversar con su grupo de colaboradores, o recorrer las calles de las ciudades deteniéndose sin prisa en librerías o museos. Era contemplativo en medio del mundo, y poseía una especial capacidad de abstracción que le permitía ausentarse, en determinados momentos, de una reunión o diálogo, sin mediar la separación física.

Empequeñecía éxitos u honores grandes, si le afectaban a él. Doctorados «honoris causa», asientos en Academias, Rectorado, etc., todo quedaba diluido y sin ostentación. Amplificaba los éxitos de los demás y catalizaba constantemente el hacer de personas e instituciones con diversidad geográfica.

En su charla de una hora daba tema de trabajo e investigación, capaz de absorber durante semanas a un equipo de investigadores.

Sus sugerencias constituían tema de meditación y reflexión que daban indiscutible fruto.

Cientos de trabajos y comunicaciones, relaciones cordiales con los más destacados hombres de ciencia, monografías, conferencias, visitas a Centros extranjeros, decenas de Congresos y reuniones internacionales eran sólo parte de una vida de inimitable densidad.

Sobre aquel mosaico roto —España de la postguerra—, José María Albareda tuvo visión futurista y, aun en medio de cenizas humeantes, puso con sus manos la piedra angular de nuestra investigación.

Su enorme fe, clara visión y voluntad sin quebranto hicieron posible el milagro. Veinticinco años más tarde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas celebró sus bodas de plata con los máximos honores nacionales e internacionales. Representaciones distinguidas de diversos países presididas por Premios Nobel rendían públicamente honores al esfuerzo científico español, personificado en José María Albareda.

Lo que parecía un milagro se había convertido en espléndida realidad: España estaba presente en las manifestaciones científicas internacionales; centenares de jóvenes investigadores representaban a su Patria con dignidad, tratando de cubrir con veloz y firme carrera la distancia que les separaba de los primeros; se instalaban modernas técnicas y equipos, excelentes laboratorios, congresos internacionales en nuestro país, publicaciones habituales en revistas extranjeras, etc. Todo ello transformaba en sorprendente realidad aquella idea audaz de hacía cinco lustros.

Hoy José María Albareda ha muerto entre los hombres. No su espíritu, ni su memoria, grabados con letras indelebles en investigadores que aprendieron de él. El maestro excepcional y amigo entrañable deja su obra de gigante en manos firmes y jóvenes que no vacilarán en llevarla hasta el fin.

En él se cierra un ciclo de la ciencia española. Un ciclo de titanes, de hombres que aprendieron a partir de cero, vencedores de lo imposible, trabajadores solitarios, visionarios de una España sin fronteras.

José María Albareda completó la formación de sus investigadores con la lección de su vida, enseñándoles a usar el signo positivo tanto en éxitos como en fracasos.

Al fin nuestro maestro sació su inagotable sed de Ciencia y de Verdad.